



CAROL VILA MICÓ

---

---

# SUEÑOS ROBADOS, ESPERANZAS QUEMADAS

Carol Vila Micó

**Sueños  
robados,  
esperanzas  
quemadas**

Primera edición: abril de 2025

© Copyright de la obra: Carol Vila Micó

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 978-84-129644-6-2

Código ISBN digital: 978-84-129644-7-9

Depósito legal: B 2974-2025

Corrección: Juan Carlos Martín

Maquetación: Cristina Lamata

Diseño de portada: Rafael Vila Micó

©Grupo Editorial Angels Fortune

[www.angelsfortunedititions.com](http://www.angelsfortunedititions.com)

[info@angelsfortune.com](mailto:info@angelsfortune.com)

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

“Seamos agradecidos con las personas que nos hacen felices, ellos son los encantadores jardineros que hacen florecer nuestra alma”.

Marcel Proust

Esta novela es para todas y cada una de las mujeres que han hecho posible que yo esté en este punto de mi vida.

# Prólogo

Moaña, finales de 1921. Capilla de San Martín de Moaña.  
Campanario de la capilla.

La tenue luz del sol entraba por las ventanas y aunque no aportaba calidez, esto hacía que el ambiente fuese menos oscuro y frío. No obstante, él se sentía tan sombrío como siempre.

Había vivido engañado durante toda su vida: se le había impuesto una Fe que él había aceptado sin rechistar por ser un niño, pero que ahora, habida cuenta de todo lo que le habían hecho en su nombre, dudaba si tenía o si quería seguir profesándola.

Además, aquello que le habían inculcado distaba tanto de la realidad que él había visto con sus propios ojos que llevaba mucho tiempo cuestionándolo todo. Para más inri, ellos eran los culpables de todas sus desgracias, de que él no se hubiera criado con la gente que le correspondía. No sabía si quería seguir siendo sacerdote; no sabía si quería seguir respirando el mismo aire que su mentor.

De repente lo vio subir al campanario. Había interrumpido otra vez su remanso de paz, con una única diferencia respecto de las veces anteriores. Ahora sabía la verdad; para él ya no era su protector, si no quien le había destrozado la vida.

—Déjame que te explique por favor —le suplicó aquel hombre.

—Ya le he escuchado demasiadas veces y solo ha soltado ponzoña por esas fauces. No me volverá a comprar.

El otro sacerdote solo lloraba y suplicaba ser escuchado. Se puso de rodillas frente al más joven. El muchacho lo tenía a su merced; podía matarlo, estrangularlo con sus propias manos; nadie se lo reprocharía, pues el resto de las personas que había en la capilla habían sufrido tanto o más que él por culpa de aquel hombre, pero entonces pensó: «¿En qué sería diferente de él si le mato? Yo no hice mis votos para romperlos. Debe ser la justicia la que se encargue de él».

Sin embargo, antes de que el muchacho pudiera pensar en nada, el otro hombre se lanzó al vacío como si fuese un pajarito y su cabeza se abrió como una granada al darse contra el suelo.

«Disfrute del eterno rechinar de dientes. Nos vemos el día del Juicio Final. Espero no compartir lugar con usted», pensó el sacerdote más joven.

# Capítulo 1

## Parte I

### Los inicios: 1893-1896

#### I

### Ilusiones de pareja

28 años antes

Aquel 4 de marzo de 1893 nuestro país atravesaba una situación curiosa cuanto menos; agolpada por muchos hechos históricos concentrados en solo unos pocos años.

Y es que España distaba mucho de ser el reclamo imperial que había sido en tiempos de Felipe II. En aquellos días solo quedaban bajo nuestros dominios Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Pero aquel declive no venía del 1893, venía de bastante tiempo atrás.

Desde 1868 en nuestro país se respiraba un clima de inestabilidad cada vez más latente. Aquel año la reina Isabel II se había marchado al exilio en Francia. Su reinado había estado marcado por la construcción de la red de ferrocarriles en España. Se pensó que los beneficios serían inmediatos, pero nada más lejos de la realidad; todos tuvieron pérdidas. Muchos trabajadores se quedaron sin trabajo. Hubo una época de malas cosechas y para empeorar la situación una de estas se exportó para tapar el déficit del Estado. Por todo ello subió el pan y se provocaron muchas revueltas.

Además, Narváez tenía las Cortes bloqueadas y no se podían tomar medidas para afrontar la crisis. Incluso las revueltas se reprimían con el ejército. Por ello, los

progresistas y liberales firmaron el pacto de Ostende, con el fin de derrotar al Gobierno y tomar medidas ante la crisis. A este pacto se sumaron militares como Prim y Serrano. Narváez murió, Isabel II designó a un político autoritario como presidente; políticos y militares partidarios de un cambio se rebelaron. La reina estaba de vacaciones en San Sebastián. Ante esta situación se refugió en París el 30 de septiembre de 1868.

Después se dio paso al Sexenio Democrático, en el que hubo eventos para dar y tomar: el ascenso del general Prim al poder, su posterior asesinato, la Constitución de 1869, la Tercera Guerra Carlista, que enfrentó a los partidarios del rey Amadeo de Saboya con los del Duque Carlos de Madrid por el trono; el posterior reinado de Amadeo de Saboya, una Primera República que tuvo cuatro presidentes en 22 meses; Estanislao Figueras, Francisco Pi y Margall, Nicolás Salmerón y Emilio Castelar. En resumidas cuentas, aquello fue un desastre sinuoso.

Para poner orden en todo aquel desaguisado, Arsenio Martínez Campos, a través de un pronunciamiento que tuvo lugar el 29 de septiembre de 1874, trajo de vuelta al hijo de Isabel II, el rey Alfonso XII.

Sin embargo, el rey murió de enfermedad en 1885 dejando a su segunda esposa, María Cristina, encinta, embarazada de Alfonso XIII; «el rey que fue coronado antes de nacer».

Comenzaba entonces el período conocido como «la regencia de María Cristina», que abarcó desde 1885 hasta 1902.

Volvamos a aquella tarde del 4 de marzo de 1893, en plena regencia. Por aquel entonces vivía en Madrid una joven

pareja que lo tenía todo; estaban enamorados, y tenían el sueño de iniciar un proyecto en común.

Pronto podrían volver a su añorada Galicia y montar allí el negocio que tanto estaban deseando. No sabían muy bien aún qué iba a ser, pero querían que fuese algo relacionado con su tierra.

Él se llamaba Anselmo. Era de baja estatura; no había hecho el servicio militar por eso. Tenía los cabellos negros como la noche, peinados hacia el lado derecho, los ojos verdes como la yerba fresca, lucía un bigote inglés, que se dividía en el medio por un ligero afeitado y se iba curvando hacia los lados, hasta inclinarse hacia arriba. Tenía una marca parecida a una estrella en la mejilla derecha. Vestía siempre con camisa blanca y muchas veces, para salir a pasear, usaba pantalones de dril grises, que le recordaban sus orígenes humildes.

Su padre, Telmo Núñez, servía como limpiador de las caballerizas en la casa de don Joaquín Olmedo de la Rosa: Rosario, la mujer de Telmo y madre de Anselmo, murió en una tragedia en la que también perecieron doña Lucía y Andrés, mujer e hijo de don Joaquín. Telmo, el padre de Anselmo, murió por orgullo; no quiso que su patrón pagara las medicinas que podían curar su enfermedad y falleció. Además, la pena por perder a su mujer en aquella tragedia, le hizo perder las ganas de vivir, no fue capaz de luchar ni por su hijo.

El patrón, al haber perdido a su mujer e hijo, se sumió en un oscuro pozo. Cuando Anselmo se quedó solo, don Joaquín le vio como una luz, lo adoptó para hacer lo que ya nunca podría hacer con su hijo.

Ella también venía de casa humilde, su madre había quedado viuda muy pronto y tuvo que buscar trabajo. Acabó sirviendo en la casa de la baronesa de la Fuente. La

madre de Gregoria murió de repente y la baronesa decidió hacer un acto de caridad con la niña. Al final, Gregoria acabó llevando los apellidos de la señora y estudiando lengua española en Madrid.

La pareja se conoció precisamente en una tertulia sobre literatura y temas de actualidad un par de años atrás. Se celebraba en una cantina contigua a la Facultad de Comercio, que estaba justo al lado de la de Letras; Gregoria era la única mujer que asistía y por ende recibía las burlas de sus compañeros.

Un día se habló sobre autores gallegos. Anselmo se enteró y fue. Defendió a Gregoria de las burlas y la conexión fue instantánea. Tras salir de la tertulia hablaron un rato.

—Oye —le dijo él—. ¿Y cómo es que siendo ambos de Moaña no nos hemos visto antes?

—El destino que es caprichoso.

—Vaya si lo es. Nos hemos tenido que encontrar en Madrid en una charla sobre autores gallegos.

Aquella conversación fue la primera de muchas y empezaron a salir algunos meses más tarde; discretamente él empezó a cortejarla, invitándola a tomar el té y comprándole caramelos de violeta.

Ahora, un año después, ambos se encontraban en una nueva etapa de su vida: buscar qué hacer tras sus estudios, ya que no querían colocarse en los negocios de sus benefactores para no ser tachados de mantenidos. El sueño de él era montar una conservera y ella le apoyaría hasta el fin del mundo.

Aquel día vestía Gregoria con un vestido de muselina blanco y con un sombrero rosa palo. Llevaba guantes a conjunto con el sombrero.

Se trataba de una mujer muy alta. Sus cabellos eran rubios como la miel y sus ojos azules como el océano; tenía la piel muy blanca y la cara repleta de pecas. Quienes la veían y la conocían bien llegaban a dudar si su presencia no era la encarnación humana de un ángel.

Aquel 4 de marzo de 1893 era un día simbólico. Al día siguiente habría elecciones y ella, ajena a cómo funcionaba todo, a la espera de su paquete de pistachos del quiosco, le preguntó:

—¿Qué crees que pasará mañana?

—Según lo convenido con la reina, le toca salir a Práxedes Mateo Sagasta.

—¿Cómo es eso? ¿No sale quien elige la gente?

—No, Gregoria, querida. Se pactó con la reina regente que unas veces gobernarían conservadores y otras progresistas, y de este modo evitar el desgaste gubernamental.

—Pues vaya un circo... entonces si ya está pactado, ¿para qué diantres va a votar la gente?

—Pues porque así hacen ver que se tiene en cuenta su opinión. Además, la mayoría votan según lo que disponen los caciques y ellos votan según les dice el Gobierno.

—Habrase visto... ¡menudo tinglado! ¿Y don Joaquín, qué piensa él de todo esto?

Don Joaquín Olmedo de la Rosa era el padrino de Anselmo, el hombre que le dio estudios.

—Pues que es un circo... pero tal y como están las cosas nadie quiere violencia. Así que el hombre como todos, calla y otorga. A ver si algún día cambia el panorama y ambos podemos votar.

Resulta que ninguno de los dos podía ejercer su derecho a voto; ella por ser mujer y él por tener solo veintidós años; la legislación vigente solo permitía votar a los hombres mayores de veinticinco.

Él dio una calada a la pipa y continuó hablando:

—¿Sabes, querida? Muy pronto se van a cumplir nuestros sueños. Podremos volver a Galicia y trabajaremos duro para poder conseguir nuestro negocio. Nuestros trabajadores tendrán unas medidas justas. Aunque tengamos que trabajar día y noche, quiero el negocio más próspero de toda Galicia. Eso sí, nunca permitas que la ambición me domine. Yo tampoco permitiré que lo haga contigo. No quiero que seamos de esos burgueses que solo van a fiestas, malcrían a sus hijos y desatienden a sus trabajadores. No dejes que olvidemos nunca de dónde venimos.

—Y no lo haré —le dijo ella.

Gregoria se estaba levantando ya para marcharse, cuando él le dijo que aguardase un poco; le temblaba la mano. Se sacó una cajita del bolsillo. Entonces ella se volvió a sentar.

—Se supone que iba a esperar a que termináramos los estudios, pero lo tengo claro desde el día en el que te vi. En unos días iremos a Moaña y hablaré con tu tía, doña Eulalia para pedir tu mano.

Gregoria no tenía padres, perdió a ambos, y Eulalia de la Fuente, la señora para la que servían ella y su madre, decidió tenerla bajo su tutela, hasta que encontrara con

quien casarla. Dado que no había una figura paterna a la que solicitar compromiso, Anselmo debía hablar con la baronesa de la Fuente para pedir su bendición.

La baronesa accedió, no sin antes pedir referencias sobre Anselmo.

Cuando supo que era el ahijado de la fábrica textil más importante de toda Pontevedra, dio su brazo a torcer con los ojos cerrados; emparentar con un magnate como Joaquín Olmedo era el deseo de cualquiera de la comarca, y Eulalia de la Fuente iba a conseguirlo. Además, los chicos se querían, así que dio su consentimiento y todo miel sobre hojuelas.

Efectivamente todo iba a cambiar; lo que no sabían ellos es que iba a ser a un ritmo tan extraño; que su vida se iba a convertir en una montaña rusa de emociones, decisiones y vivencias, crueldades, agonías, vaivenes y emociones.

Aunque ellos, debido a su juventud, entonces pensaran que todo pasaba a un ritmo demasiado lento, todo les iba a suceder más pronto que tarde y a un ritmo de lo más vertiginoso, equiparable a la velocidad con la que ocurría todo en España en aquel entonces.

.

# Acerca de la autora



Carol Vila Micó nació en L'Olleria (Valencia) el 4 de julio de 1999. Prematura de 31 semanas es una luchadora nata.

Graduada en Traducción e Interpretación (mención en francés) por la Universidad de Alicante en 2021 y Máster en Traducción Biosanitaria por el ISTRAD de Sevilla en 2022, siente una tremenda vocación por el mundo médico, y no descarta estudiar esta carrera algún día. Versátil y arriesgada, ha traducido libros del español al inglés.

Scout durante más de 10 años de su vida, es la mujer de hoy gracias a la formación recibida en la AE San Jordi de L'Olleria.

Apasionada por la literatura y amante de la historia, especialmente la de los siglos XIX y XX, ha ganado un premio como autora local, en un concurso de narrativa

corta de L'Olleria, con un relato sobre el Holocausto, «El sombrero de la salvación».

Con su nueva novela «Sueños robados, esperanzas quemadas» irrumpe en el mundo de la Literatura con una historia apasionante.